



Fernando Alberca Castro

Máster en Neuropsicología y Educación, Profesor del Grado de Infantil y Primaria y Profesor del Máster en Neuropedagogía y gestión de la creatividad y el talento de la Universidad de Córdoba. Miembro de Comité Científico Asesor de la FCAFA-TDAH.

EL TDAH ORIGINAL DE UNA FAMILIA SINGULAR:

CONCLUSIONES

Como profesor, primero comencé a distinguir la diferencia de un alumno/a con TDAH y uno/a que no tenía esta dificultad para rendir en el sistema actual. Después vino, muy pronto, aprender a apreciar la singularidad de cada uno/a en su diferente TDAH. Por fin, dar cuenta de que el rasgo de TDAH es una característica en el trigésimo octavo lugar de importancia más o menos en la definición de un chico o chica y pese a ello ayudarle a lograr los deseos que pide cada uno/a (como alumno/a y como persona).

En ese camino mi primer gran impacto lo sentí al encontrarme hace años con Fran, un chico de 14 años. Vino a verme en busca de asesoramiento en su rendimiento escolar: estudiaba y sacaba repetidamente 6 y algún suspenso por error, pero percibía que no ponía en los exámenes todo lo que había estudiado hasta saberse y sabía la noche anterior. “Se me dan fatal los exámenes”, me dijo. Al entrar en la sala de estar donde atiende a las familias, se sentó en un sillón junto a mí. Me comenzó a contar sus impresiones, me pidió tres deseos: **“aprobar todas hasta la Universidad, que los profesores estuvieran contentos conmigo y que mi madre y mi padre sean felices... y mis hermanos”**. Mientras me contaba cómo iba en el colegio de pronto se puso de pie sin parar de hablar, sus padres y yo le escuchábamos atentos, continuando hablando se fue a la librería dándonos la espalda a todos, pero hablándonos. Al tiempo que contaba cómo se sentía en Matemáticas y en el recreo y en casa, iba ordenando y enderezando los libros que estaban inclinados en cada estantería. Luego se detuvo en una figurita que una chica me había regalado con la cara de Einstein y adornaba una de las baldas. Después se fijó en un regalo que me trajo de París otro chico y después se sentó de nuevo en el sillón inicial. Sin parar de hablar en ningún momento. **Al terminar le pregunté: ¿Estás cómodo? “Sí”, me contestó. ¿Y por dónde te has movido mientras hablabas? “Por ningún sitio, aquí estoy sentado todo el rato”, me dijo extrañado por la pregunta.**

Otro impacto: poco después vino un chico de 11 años que esa misma mañana había dejado en blanco un examen que la noche anterior se sabía perfectamente. Le pregunté una de las mismas cuestiones del examen de la mañana, teniendo yo el texto delante. “Nada. No me acuerdo de nada”, Inténtalo, le insistí. “Pues..., no sé..., nada, no me acuerdo, de verdad”. Entonces le dije que saltara botando sobre sí mismo en el espacio pequeño que había entre el sofá donde estaba sentado junto a su madre y la mesa bajita que nos separaba. Le dije que al saltar le iba a hacer

la misma pregunta. Sospechaba, por otras experiencias, que iba a recordar la pregunta si su cuerpo se concentraba en saltar sin caer sobre la mesa. Pero mi sorpresa es que, aunque empezó a dudar la pregunta, aunque ya decía algo más que cuando estaba quieto mirándome, **se concentró extraordinariamente en toda la respuesta y me la dijo de un tirón y la siguiente pregunta también, en cuanto además de dar botes giraba sobre sí mismo sin perder el equilibrio, su voz se concentró intensamente, más que muchos niños sin TDAH, cuando se saben muy bien una pregunta.**

Muchos más chicos y chicas con TDAH pasaron por mis aulas (Secundaria y Universidad) y me enseñaron que son chicos/as en quienes **su TDAH solo es una cualidad apasionada que le confiere una intensidad difícil de gestionar a quienes tenemos la cualidad también curiosa de no tener TDAH.** Por eso cada año a mis alumnos del Grado de Educación Primaria y Secundaria, en mi asignatura Orientación Educativa y dentro del capítulo de la Atención a la Diversidad, después de explicar durante semanas que **hay tantas diversidades como alumnos y alumnas,** les pongo una pregunta de examen consistente en una foto de un niño o una niña de unos 11 años, les doy solo tres datos: su nombre, el tipo del colegio al que asiste (público, concertado o privado), y que tiene diagnosticado médicamente TDAH; entonces les pido que me enuncien seis de las principales características que tiene ese niño/a. Solo les considero aceptable incluir el nombre entre las seis principales, porque han de ver un niño o una niña antes que un sujeto paciente de TDAH. En una pregunta más abajo, pregunto: ¿y qué harías en clase con él o ella al examinarle de una pregunta de Naturales, si sabes que tiene TDAH? **Mis alumnos y alumnas de este Grado, futuros docentes, reconocen tras el examen final haber dado un importante paso en el trato de la diversidad singular e irrepetible de cada persona.**

Pero este año me encontré con el caso más atípico de TDAH en un chico, su hermano y hermana y en su familia, jamás visto. Acudió primero a verme una madre muy inteligente, intuitiva, paciente, resolutive, decidida (a lo mejor son epítetos). Ella y su marido tenían TDAH y tres de sus hijos también. Quería saber cómo ayudar mejor a su hijo mayor, de 5º de Primaria. Sacaba buenas notas, pero quería saber si lo que estaba haciendo era correcto. A tenor de los resultados lo era, pero en su excelente aptitud, prefería confirmarlo. Me contó lo que hacían y los admiré a todos. En el colegio nadie sabía que los tres tenían TDAH. **El salón de su casa y su trabajo y actividades como encargada de un comercio y madre lo había ajustado a su papel de regidora en el TDAH de sus hijos.** En el salón había dispuesto una cama elástica donde el mayor, Santi, estudiaba y jugaba a la play saltando para poder concentrarse mejor. Me enseñó algunos vídeos haciéndolo. **Era espectacular verle saltar controlando perfectamente los mandos de la Play al jugar online con amigos y ganar al Fornite.** Lo conocí y me pareció uno de los chicos más maduros, inteligentes e hipersensibles que había conocido con su edad. Era increíble que en el colegio no pudieran saber que tenía TDAH. Tampoco lo sabían de su hermana, **porque leía muy bien, pese a que lo hacía mejor cuando dejaba el libro sobre la mesa y lo leía en voz alta dando dos pasos hacia el libro y uno hacía atrás, rítmicamente.** Ambos obtenían notables y sobresalientes en sus calificaciones y su familia, con razones acertadas por el momento, había decidido no decir nada concreto, solo como sospecha, hasta estar seguros de que iba a ser de

provecho. Lo más curioso de los tres hermanos era su autocontrol en el aula. Habían aprendido a disimular como yo creía que no era posible. Las buenas notas habían hecho que una profesora, a la que conocía casualmente, me dijera sobre Santi, antes de saber que tiene TDAH: “se le nota inquieto, porque es muy listo, saca buenos resultados, pese a que se despista a menudo, porque hace todo muy rápido”. **Quizá las notas sean parte del oxígeno que toda familia y niño o niña con TDAH merezca.**

Después de trabajar con Santi y los anteriores, y aprender a quererlos y admirarlos, saco la conclusión de que la clave está en:

- **Adaptar la vida al niño o niña como es** para que se adapte a la vida de los demás tal y como es esta.
- **Enseñarle por qué siente las emociones que siente, cómo gestionarlas** cuando crezcan en él o ella (ver si se desea al respecto, *Cómo entrenar a su dragón interior*, TemasdeHoy),
- **Aprovechar su hipersensibilidad,**
- **Subirle la autoestima y subir la propia como madre o padre** (*Hijo, tú vales mucho*, Toromítico),
- **No perder de vista la visión general** (*Educa sin estrés*, Toromítico),
- **Enseñarle cómo puede concentrarse** distrayendo su cuerpo con movimiento libre cuando pueda y contenido cuando el escenario lo exija, moviéndose en ese caso más internamente,
- **Enseñarle a hacer esquemas personales para estudiar**, adaptados por él/ella a sí mismo/a, partiendo de un esquema básico muy visual, horizontal que vaya de izquierda a derecha, con líneas o ramas y no con llaves, monocromático... (ver más si se quiere en *Tu hijo a Harvard y tú en la hamaca*, Espasa); enseñándole a hacer exámenes sin mirar más preguntas que la que ha de hacer, sin mirar el tiempo, leyendo solo tres palabras o dos elementos si es operación e imaginándose lo que representan antes de seguir con otros tres o dos, no volviendo sobre lo hecho, aprendiendo a relajarse en el examen y a fiarse de su intuición.
- **Enseñándole, como si no tuviera TDAH**, las *Cuatro claves para que un hijo pueda ser feliz* (ed. Almuzara), a saber: descubrir lo extraordinario de lo ordinario, aprender a salvar sus obstáculos, aprender que todo tiene consecuencias y aprender a querer desinteresadamente con el ejemplo cercano.

Porque un niño o niña con TDAH, es sobre todo (o solo) un niño/a, con extraordinaria riqueza (inteligencia, sensibilidad, capacidad, deseos, sensaciones, emociones, sentimientos, aspiraciones, fuerza, resistencia, muy amado y con derrochada capacidad de amar y de ser muy feliz), sin que para todo ello el TDAH sea un obstáculo, aunque en la conexión con los demás lo parezca y grande. En educación (y más con TDAH) las cosas no son casi nunca como parecen: lo que parece que va mal está bien y viceversa.

Fernando Alberca,

Máster en Neuropsicología y Educación, Profesor del Grado de Infantil y Primaria y Profesor del Máster en Neuropedagogía y gestión de la creatividad y el talento de la Universidad de Córdoba.